

EL AMOR AHOGADO

Miguel Ángel Alloggio



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Los personajes de esta ficción son el producto de la imaginación del autor; toda semejanza con individuos existentes es pura casualidad.

*à ma fille,
à toutes les filles*

YO

He decidido dar a conocer este legajo que sustraje de anaqueles sin importancia. Como se observará durante la lectura de las páginas siguientes, el ritmo y el tono explican el estado de espíritu del autor durante aquellos momentos que, bien lo sé, han sido angustiosos para él.

No quiero distraer al lector con interrupciones; prefiero que su entera atención se dirija hacia este relato que Jorge —como se llama quien lo escribió—, ha titulado *El amor abogado*, iniciado con un párrafo de Michel Houellebecq y dividido en dieciocho capítulos. Yo volveré al final, cuando ustedes hayan acabado de leer todo; allí les diré quién soy y les comunicaré otros hechos.

Coloquemos un chimpancé en una jaula demasiado pequeña, cerrada con tabiques de cemento. El animal se volverá furiosamente loco, se arrojará contra las paredes, se arrancará los pelos, se infligirá él mismo crueles mordeduras, y en el 73% de los casos terminará por matarse. Practiquemos ahora una abertura en uno de los tabiques, que colocaremos frente a un precipicio sin fondo. Nuestro simpático cuadrúmano se acercará al borde, mirará hacia abajo, se quedará largo tiempo cerca de ese borde, volverá varias veces, pero en general no se arrojará; en todo caso, su nerviosismo se habrá calmado radicalmente.

Michel HOUELLEBECQ
Extensión *del dominio* de la lucha.
(Traducido del francés por Jorge)

I

A LA MATERNIDAD

Hoy, domingo 19 de Diciembre de 2001, a las dos y media de la mañana, Yuri me llamó por teléfono para decirme que Sara ya estaba por dar a luz. La llamada no me sorprendió, pues ya me habían dicho que contarían conmigo para llevarlos al hospital. Le dije que fuese a buscarla y que viniesen a casa inmediatamente. Había esperado con impaciencia ese momento.

Atándome los cordones de los zapatos me pregunté por qué Yuri no había golpeado a mi puerta, por qué no había tocado el timbre, que se escucha muy bien y en todo mi departamento, por qué no hizo esas cosas que a mí me parecían lógicas, en vez de salir a la calle para llamarme por teléfono desde la cabina que está a doscientos metros del inmueble en el que vivimos.

—En verdad —concluía mientras los oía bajar las escaleras disputándose— hay personas que para arreglárselas en la vida utilizan circuitos que yo encuentro absurdos. ¡Pero que funcionan! Lo que prueba que es cierto que todos los caminos llevan a Roma y que haciéndome viejo me vuelvo intolerante.

Ya estaban en casa; Yuri parecía vibrar de miedo o de bronca, estaba blanco, y el labio inferior se le caía y le temblaba como si fuera a ponerse a llorar de congoja o a dar golpes de cólera; expresaba, con sus miradas y con sus muecas, un cierto rencor traicionero contra

Sara. Siempre en titubeos logró reprocharle algo, no recuerdo bien qué; deduje tan sólo que ella no comprendía y no hacía un no sé qué como él deseaba que lo comprendiera y que lo hiciera. Entre ellos siempre hay cosas así desde que se conocieron, como si se hubiesen encontrado únicamente para que haya reproches.

Mientras tanto Sara lloraba como una boba y no dejaba de exclamar «me duele, me hace mal»; y yo, respaldado contra el refrigerador, mirando el vientre hinchado de mi vecina sobre el que caían sus enormes lágrimas de boba, saboreaba el cafecito que me había recalentado. Lo recuerdo aún: ella llevaba un vestido de algodón fino, de fondo beige claro y florcitas impresas en desparramo por encima; sus lágrimas caían todas sobre el tejido de su atuendo y éste las retenía denunciándolas con una aureola grandota, que me hizo pensar en la sombra de un paracaídas por encima del feto, que ya empezaba a darse vuelta en el espacio del vientre de su madre, como un paracaidista en el aire, cayéndose lentamente. Pude imaginar que Sara estaba sufriendo por el «aterrizaje», y me di cuenta de que ya habían esperado demasiado, perdiendo una fortuna de tiempo entre ir a llamarme desde la cabina —¡qué idea!—, volver, subir al primer piso, bajar, entrar en mi departamento de la planta baja, esperar que me vistiese, que me recalentase un café y que me lo bebiese tranquilo mirando, por un lado a esa vecina mía —ya lo dije—, llorar sobre su vientre hinchado como el de un ladrón de sandías, y por el otro a Yuri, que tenía el blanco de los ojos más blanco que nunca, porque aquella noche abría grandes sus ojos negros para mirarme como lo vi mirarme: parado cerca de la puerta, con la valija llena de la ropa que se llevaban al hospital, mientras yo saboreaba mi café —insisto— como quien come chocolate en el cine ante una película de «Drama en la familia de al lado» o cosa por el estilo.

Los dedos de Yuri no se detenían, parecían escorpiones que iban y venían frotando la empuñadura de plástico de la valija cruzada ante sus piernas. Veía sus manos que transpiraban nerviosas y adivinaba en su mirada de impaciencia lo que deseaba de mí: saber

si podría hacer el esfuerzo de apurar esa tacita de café y salir de urgencia. Sentí que me odiaba en ese momento; sentí desprecio hacia ellos. Un sentimiento criminal impregnaba mi corazón regocijándolo; sabía que los tenía a mi merced, que debían esperar por culpa mía, y eso aumentaba el delicioso sabor de mi negro café.

Creí en ese instante que el bebé ya asomaba su cabecita peluda entre las piernas de su madre, que seguía diciendo «me duele, me hace mal», y pensé que tan sólo los calzones de Sara lo retenían, si calzones se había puesto...

—¡Vayamos enseguida! —Exclamé de golpe, pensando que si seguía atrasando aquel evento Sara se quedaría pariendo en casa sin tener tiempo de subir a mi *break* para ir al hospital. Terminé el café, tomé un sobre que contenía un correo importante para depositar en un buzón en el camino hacia el hospital, la llave del coche y apuré el paso hacia la calle. Ellos me siguieron como niños al maestro.

Ya en la vereda, Sara propuso recostarse en la parte trasera del *break*. Pero logré hacerle comprender que ese sitio sería mejor para Yuri, explicándole que venir a mi lado sería mejor y más práctico. Ajusté su asiento hacia atrás y la instalé en él, bien sujeta con el cinturón de seguridad, a mi derecha.

Ya partíamos cuando la voz de Yuri me detuvo; decía que no lograba cerrar la puerta. Bajé, «¡Me duele, me hace mal!», oí al hacerlo, cerré del exterior la puerta de Yuri, volví a mi asiento de conductor y partimos. ¡Al fin!

Conduciendo volví a sentir el mismo temor que había experimentado poco antes; pensé que Sara podría parir en el asiento donde la había instalado. Me han dicho que los taxistas de París, cuando ven a una mujer embarazada que los llama siguen de largo porque temen que el huevo se rompa antes de llegar al hospital y tener que lavar o cambiar los asientos. Reconocí en ese momento que ese acto inhumano también era un acto humano. ¡Qué cuernos pueden interesarle esos gastos eventuales o esas tareas suplementarias a un pobre tipo

que para alimentar una familia conduce un taxi durante doce horas por día en una ciudad con un tráfico enloquecedor, en el que cada conductor es un asesino en potencia que sabe que si no atropella lo atropellan y que en su impotencia social hace valer los únicos derechos que le otorga la sociedad! «Usted tiene la prioridad»; le dicen las leyes de tráfico y la policía. Y el taxista, uno de los últimos palos del gran gallinero donde todas las cacas de arriba le caen encima, cuando encuentra un idiota que le quiere quitar, para pasar primero, esa única prioridad que la sociedad le ha ofrecido, aprieta el acelerador en lugar del freno; y me imagino que lo mismo hace cuando ve a una señora toda redonda que le sugiere la eventual desgracia de lavar o cambiar los asientos.

—No me vas a hacer eso. No vas a parir en el auto, ¿eh que no, Sara? —Pensé y ya estaba por decírselo cuando la escuché otra vez... «Me duele, me hace mal», entonces no le dije nada. Además, yo no era taxista.

Vi un buzón de correos; arrimé el auto, lo detuve, bajé sin parar el motor, deposité el pesado sobre destinado a Robert en París, volví a subirme al *break* y a repartir hacia el hospital.

Hacía mucho frío. Pensaba que fríos como esos nunca más se producirían; tanto tiempo había pasado sin sentirlos así intensamente, que ya me los había olvidado. Sara, que llevaba solamente aquella bata ligera y ahora mojada con sus lágrimas enfriadas, no podría, cubierta con tan sólo eso, protegerse de esa temperatura. Al verla toda menuda y pálida como se la veía creí que se moriría de una pulmonía antes del parto. Pero en seguida pensé que en ese momento sus dolores de madre serían para ella más fuertes que la sensación de frío, tanto que tal vez ni lo sentiría.

Conduciendo vi en el espejito el rostro desconcertado de Yuri, y sentí pena y aflicción; sentí la conmisericordia roerme el alma como un perro muerto de hambre roería un hueso.

Estos pobres diablos —me dije—, sin dinero, sin trabajo o aspiración alguna, y que se pelean todos los días, van al hospital para parir un niño como quien va para sacarse una muela. Luego, una

semana más tarde, volverán a encerrarse, pero ahora con la criatura, para seguir vegetando en ese diminuto y húmedo departamento de treinta metros cuadrados, en donde no reciben ni amigos ni familia, no oyen música ni leen libros, no cocinan, no se levantan temprano para ir a un trabajo cualquiera ni se acuestan tarde por aburrimiento. Me los imaginaba sentados ante el televisor, fumando cigarrillos rubios, con el bebé en medio de ese todo, también mirando programas embrutecedores, en los brazos de uno o de otro, inhalando los humos que le pasarían por delante de su carita como un juguete que le cuelga ante los ojos, comiendo mezcolanzas industriales en frasquitos recalentados en un microondas y absorbiendo los humores de turno. También me los veía un año más tarde, festejando el primer aniversario de la cosa que los hizo salir de ese departamento un día, o una mañana, la de hoy, en la que los llevaba al hospital para arrancarse esa muela del vientre. Tal vez eso era amor; y tal vez yo estaba solo porque no lo comprendía, ni lo concebía, ni veía la importancia de esa forma de unión y el amor en esas cosas.

—No te preocupes, Sara —le dije para alentarla—, todo irá bien. Ya vas a ver, cuando lleguemos a la sala de urgencias se van a ocupar de vos como es debido. No hay nada que temer: esas cosas son como sacarse una muela.

Ella me oía, me miraba con sus ojos vidriosos por el dolor, y cerrando mi mano contra sus muslos me decía, en voz baja, íntimamente...

—Sí, lo sé, pero apurate por favor, no puedo más. Me duele, me hace mal.

Cuando la vi, mirándome de abajo hacia arriba al hablarme para implorarme, tuve ganas de besarla y de retorcerle mi lengua en la boca; de cerrarla en mis brazos porque tenía frío, temblaba y lloraba un llanto que me parecía helado. Sentí deseos de llorar; pasé entonces mi brazo alrededor de su cuerpo, la traje contra el mío, besé su cabeza apoyada contra mi pecho y sentí el profundo olor de sus cabellos.

Sara conservaba un gran respeto por mí; hasta he llegado a creer que si no éramos amantes sería, justamente, a causa de ese respeto, y de un amor que me guardaba celosamente escondido y prefería platónico para conservarlo inmaculado. ¡La pobre!

—Yo nací en medio de las escaleras de entrada al hospital —agregué mientras conducía mi *break* Peugeot—; mis padres siempre me hablaron de aquel día. En aquella época papá tenía un taxi; mamá estaba en el asiento de atrás, cuando llegaron al hospital, papá bajó corriendo para ir a buscar ayuda y a su regreso con un enfermero yo ya había nacido, en medio de las escaleras de mármol blanco de la entrada. Mi madre decía que fue una harapienta alcohólica que dormía en la calle que sostuvo mi cabecita mientras prestaba atención a la botella de vino que sostenía bajo el brazo.

—La primera vez que me contaste tu nacimiento —replicó Sara que seguía pegada a mi cuerpo—, no era una harapienta alcohólica, sino un ciego, y lo que sostenía no era una botella de vino, sino su bastón blanco. ¡Me duele, me hace mal, apurate por favor! —agregó después.

Poco antes de llegar vi los ojos de Yuri en el espejito retrovisor. Me miraba con celos y reproche porque cerraba a su mujer en mis brazos, el muy idiota. Bajé enseguida, como seguro lo había hecho mi padre el día en que nací; al verme a través de la puerta de vidrio, un enfermero me detuvo y vino rápido a mi encuentro.

—¡Va a dar a luz! —Le dije. El muchacho me pidió calma y fue por una silla de ruedas. Esperando su regreso, pensé que el bebé ya estaba naciendo como yo mismo había nacido: a la entrada de un hospital, afuera, y con la cabeza sostenida por la mano de un ciego con el bastoncito blanco bajo el brazo, o de una desgraciada mendiga con una botella de vino en lugar del bastoncito, o por cualquier otro que pasaba por ahí en ese momento. Lo extraño fue que ni siquiera imaginé la cabeza del bebé sostenida por la mano abierta de Yuri, su padre.

Cuando el enfermero volvió, Sara ya estaba aferrada a mi campera, de la que se sostenía torciéndose como si el suelo la atrajese para parir ahí mismo.

—Sentate —le dije, y ella me hizo caso. Mientras tanto, Yuri buscaba la manera de abrir la puerta de atrás del *break*.

—Andá tranquila con el enfermero —y corrí hacia Yuri.

Era extraño; a pesar de que ya no deseaba frecuentar a esa pareja de imbéciles, y de lo poco que me importaba la hija que hacían, aquella noche había sentido un deseo carnal de acompañar a Sara durante el parto, de besarla como a mi hermana erótica, como a la amiga de mi cuerpo y sostener su bebé en mis brazos.

—¡Actívate, marmota! Tu esposa ya se está yendo a la sala de partos y vos ni siquiera sabés arreglártelas para abrir una puerta. Me pregunto si sos vos que le abriste las piernas a esa madre.

—¿Por dónde, por dónde se va a la sala de partos? —Preguntó al salir del auto, listo para alejarse corriendo hacia el lado opuesto y olvidando la valija con las ropas. Yuri ya me tenía hartó; lo abandoné a los caminos idiotas que siempre lo llevaban a Roma, y volví a casa.